

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelos

116

La Novela Semanal Cinematográfica



PEPITA
JIMENEZ

16
POR

Josefina Taplas

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

PEPITA JIMÉNEZ

Novela cinematográfica según la famosa obra
de don JUAN VALERA,

Adaptación y dirección artística de
A. G. CARRASCO

Interpretes:

Josefina Tóptas, José Romeu, Juan Nadel,
Pilar García, Antonio Mata, etc.

EXCLUSIVA DE

S. HUGUET

Provenza, 292

BARCELONA

PEPITA JIMENEZ

Argumento de la película

Siglo XIX. Andalucía. Un pueblecito blanco bajo el sol.

Diez años hacía que don Pedro de Vargas, hombre adinerado y mujeriego, para estar más libre en sus devaneos, envió a su hijo Luis al Seminario, donde bajo la severa vigilancia de su tío, el Deán, estudiaba la carrera eclesiástica por la que sentía gran vocación.

Era don Pedro de Vargas uno de los más importantes personajes del pueblo. Nobilitado y franco, estaba rodeado por una aureola de popularidad.

En la misma villa había doña Francisca Gálvez, viuda de un capitán retirado, que le dejó a su muerte sólo su honrosa espada por herencia.

Doña Francisca tenía una hija, Pepita Jiménez, que era amable y risueña como un rayo de sol.

La familia del militar, no estaba precisa-

mente en la abundancia, pues desde la muerte del capitán, una serie de dificultades económicas iba mordiendo su existencia.

Tenía una criada, llamada Antoñona. Era tan adicta y tan fiel, que se avenía a cobrar tarde y mal, cuando cobraba.

A pesar de la vida de escasez que en los últimos tiempos soportaba, Pepita Jiménez no había perdido su gracia seductora, su encanto picaresco, risueño, tan propio del carácter andaluz.

Su madre protestaba a veces ante la irivialidad de Pepita. Eran vanas sus lamentaciones: la juventud de la chiquilla se rebelaba contra un ambiente de seriedad.

Cerca de allí vivía don Gumersindo, un hombre ya viejo, tío lejano de Pepita que, ahorrando sus rentas y haciendo préstamos sobre seguro, supo reunir un buen capital.

A él acudían en los tiempos de necesidad gentes del pueblo y sus contornos. No apretaba mucho en la usura el bueno de don Gumersindo; lo suficiente para amasar una fortuna que le permitiera vivir a buen recaudo los postreros años de la existencia.

Último descendiente de una ilustre familia, tan oscuro de conciencia como claro de abolengo, era el conde de Gerazahar, uno de los clientes del prestamista.

Cierta mañana, el conde visitó a don Gu-

mersindo. Este sentía por el noble un verdadero respeto. La familia del aristócrata tenía una historia gloriosa en los anales del país.

—¿Qué le trae tan temprano por esta su casa, señor conde?

—Lo de siempre, don Gumersindo, el dinero, o por mejor decir, la falta de dinero.

El vejete sonrió. ¡El dinero! ¡Las cosas que obliga a hacer a los hombres!

—¿Cuánto?

Cincuenta duros, don Gumersindo.

—Se los prestaré... Aguarde un instante.

Fué a buscar aquella cantidad y volvió a los pocos momentos.

—Vámos, tome lo pedido, que con lo que le llevé dado, hacen bien duros justos.

—Muchas gracias... tan pronto como se arreglen mis cosas se los devolveré con creces...

—No hablemos de eso... Y ahora, apoyándose en nuestra antigua y buena amistad, quisiera pedirle un consejo.

—¿A mí? ¿A un hombre joven pedirle consejo una persona de su experiencia?

—Yo tengo en mucho sus palabras, señor conde. Oígame usted. Egoístamente, he vivido solo, pero me encuentro viejo, temo morir sin alguien que me cuide y he pensado casarme con Pepita Jiménez. ¿Qué le parece a usted mi elección?

El conde tuvo que realizar extraordinarios

esfuerzos para no estallar en una carcajada, tan absurda le pareció la idea. Pero no conviniéndole echar abajo las ilusiones del viejo, con suave adulación le dijo:

—Lo creo un acierto. Harán ustedes una pareja encantadora.

Don Gumersindo sonrió, entusiasmado.

—Muchas gracias, señor conde. Lo mismo había pensado yo. Y ya sabe que estoy siempre a su disposición.

El conde le estrechó la mano, despidiéndose de su amigo. No sería la última vez que fuera a buscarle dinero.

Animado por el consejo de Genazabar, fué aquella tarde don Gumersindo a casa de Pepita Jiménez.

En el jardín se hallaban discutiendo doña Francisca y la criada.

—Pero tú ves, Antoñona, cómo la desgracia nos persigue? ¿Que una dama como yo se vea privada de lo más preciso y haya de sufrir las impertinencias de los acreedores?

Poco antes habían estado importunándola varios tenderos pretendiendo cobrar lo que se les adendaba.

Antoñona, la abnegada y fiel sirvienta, con generoso desprendimiento, dijo a doña Francisca:

—Si de algo pueden servirle unos duros que

para mi dote ahorré en tiempos lejanos, yo se los doy gustosa.

—Gracias, hija mía, tu dinero es sagrado y no puedo aceptarlo.

—Pues usted se lo pierda, que yo se lo ofrezco para que lo aceptase.

Don Gumersindo avanzaba por el jardín y la señora salió a su encuentro.

Antoñona, tan buena como parlanchina, y era la misma bondad, frunció el ceño al ver a don Gumersindo.

El prestamista y la señora se sentaron en el jardín y Antoñona pudo recoger palabras sueltas de la conversación que ellos sostenían, y oyó varias veces el nombre de Pepita. ¿Qué decían de la niña?

Pensativa se dirigió hacia la casa y en su camino encontró a la joven.

—Tu tío está hablando con tu madre de ti. No sé por qué me da mala espina esta visita.

En aquel momento, escuchóse la voz de doña Francisca.

—¡Pepita!

La muchacha miró a Antoñona, y preocupada dirigióse al encuentro de su padre.

Saludó tímidamente a don Gumersindo, aquel pariente viejo con quien apenas se había relacionado.

Doña Francisca le dió a boca de jarro la noticia:

—Tu tío, hija mía, me acaba de pedir tu mano.

Pepita bajó los ojos, entrojada y con una gran tristeza.

—¿Qué dices a ello, muchacha?—le preguntó el prestamista.

Y como ella nada dijese, dolorida por pasar su vida junto a un hombre viejo con el que no le unía ninguna de las ilusiones del amor, doña Francisca se encargó de responder:

—Contesta a tu tío lo que debes contestar: "Tío, con mucho gusto; cuando usted quiera".

Y se levantó dejando solos a los dos interesados para que acabasen de arreglar el compromiso.

Pepita meditaba. Conocía la difícil situación de la casa y pensaba que don Gumersindo era la riqueza, el porvenir, la seguridad de un futuro sin preocupaciones.

Don Gumersindo le habló, pretendiendo dulcificar sus palabras.

—No te voy a pedir amor a mis años, pero sí que me tengas afecto y que respetes el nombre que te ofrezco, hija mía.

Ella bajó la cabeza y se resignó al sacrificio. Amaba a su madre demasiado para poder negarle aquel supremo favor.

—Haré todo lo posible para aceptar su petición. Pero ahora, así tan de repente...

—Piénsalo bien, Pepita, pero estoy seguro

de que acabarás por quererme. Como recuerdo de este día, de este momento, permíteme que te ofrezca esta alhaja, cuyo mayor valor consiste en que fué de mi madre.



...permíteme que te ofrezca esta alhaja, cuyo mayor valor consiste en que fué de mi madre.

Ella tomó la joya, un broche antiguo, y sonrió. Aquello parecía ser el anuncio de la riqueza futura.

—Hablaré con mi madre y ya le contestaré...

—No me hagas sufrir mucho con tu espera. Pepita...

El vejez volvió a su hogar confiado en que en breve ascendería a la categoría de marido. ¡Qué deseos tenía de ver una mujer en su casa!

Pepita, guiada por los consejos de su madre y para proporcionarle una vejez tranquila, acabó por aceptar a don Gumerindo.

Acalló las débiles protestas de su corazón y aldonando la alegría juvenil de sus tiempos de soltera, se sacrificó heroicamente.

Unos meses después, Pepita Jiménez se casaba con don Gumerindo. Y con aquella boda, el dinero invadió la casa de doña Francisca. Ya no se acordaban de los días de dificultades económicas; ahora nadaban en pleno río de oro.

Pepita supo cumplir dignamente sus deberes de esposa, procurando hacer felices los días de vejez de su marido.

Nunca un devaneo, una infidelidad, turbaron a la muchacha. Reservada y tranquila, si tenía penas, si lloraba el sacrificio, lo hacía en el silencio de su corazón.

Por su parte, el prestamista mostrábase siempre cariñoso con su mujer, con su "reina".

Como si se diera cuenta de lo que significaba realmente que una criatura joven y guapa hubiese unido su vida a la de un ser ya

envejecido por los años, procuraba rodear a Pepita de todos los lujos y comodidades imaginables.

Y doña Francisca mostrábase radiante ante aquel cambio de vida.

Un día la vieja pretendió sondear el corazón de su hija.

—¿No eres feliz con la tranquila vida que disfrutas y al pensar que todas las amigas envidian tu suerte?

Y ella le respondió, mirándola impenetrable con sus grandes ojos negros:

A mi edad, madre mía, el corazón no entiende de tranquilidades ni de envidias.

Doña Francisca se mordió los labios. Pero temiendo hacer nuevas preguntas, prefirió callarse, ya que todo, el aspecto, la riqueza, la constante amabilidad, le hacía pensar en que Pepita no lamentaba mucho el "sacrificio".

¡Ah, las hijas! Doña Francisca había salido bien lo que le convenía a Pepita lucindóle un hombre honrado y rico, no un chicuelo cualquiera, de esos que no tienen otra fortuna que su juventud y sus palabras bonitas. La vida exigía cosas prácticas... nada de idealismos.

Pasó el tiempo. Murieron doña Francisca y don Gumersindo, y Pepita, heredera de los bienes de su marido, sin más compañía que la fiel Antoñona, ponía todos sus amores en un Niño Jesús de talla, objeto de su devota veneración.

Con la viudez había recobrado Pepita la alegría de sus tiempos de soltera, su *donaire* y su juventud. Era todavía un buen partido y muchos ojos varoniles la devoraban al verla cruzar la calle, o en la iglesia durante las horas de misa.

Mientras, allá, en el seminario donde Luis Vargas cursaba sus estudios de clérigo, se recibió un día una carta.

"Querido hijo: Como ya estás para terminar tu carrera, pues sólo falta la concesión de las dispensas pedidas al Obispo, he pensado que venga contigo a pasar unos días pues me encuentro tan solo que lleva una vida casi conventual.

Tu padre: Pedro de Vargas.

El seminarista consultó el escrito con el Deán y éste le aconsejó, benévolo:

—Yo soy de la misma opinión de tu padre,

y creo que después de tantos años que faltas de su lado, debes volver al pueblo mientras llegan las dispensas pedidas.

El muchacho se resignó a abandonar la bella paz de aquellos claustros amables donde su alma se ponía en íntima comunicación con Dios, para ir unos días al pueblo natal, junto a un padre cuya existencia era bastante mundana.

Entretanto en el pueblo, atraídos por la belleza de Pepita, raro era el día que Antoñona no era portadora de alguna misiva de amor de alguno de los principales muchachos del pueblo o de las tierras comarcanas.

Una tarde, entregó como de costumbre una esquela a la señora.

—Tú podrás dar calabazas a todos—dijo—, pero dejar de contestar sus cartas, no; si no deseas ir contra mis intereses.

La criada cobraba sus buenas propinas para ser portadora de correspondencia. Pepita, benévola, sonrió.

¡Oh, no le interesaban en lo más mínimo todos esos enamorados que, probablemente, más que a ella misma, lo que querían eran sus tierras, sus propiedades, todo lo que don Gumersindo había dejado en el mundo!

Y contestaba a esos adoradores impacientes con una negativa cortés, pero inflexible.

Antoñona fué aquella tarde al casino a entre-

gar la contestación de Pepita a un forastero que había rondado de amores a la viudita.

—No quería escribirle, don José—dijo Antoñona—, y si no es por mí, no lo hace... Pero, ¿qué no haría yo por servir a usted?

El forastero entregó un duro a la criada y ésta desapareció bendiciendo la hermosura de la señorita que tan buenas monedas le proporcionaba.

El muchacho fué al encuentro de unos amigos.

—¿Ven ustedes cómo no es tan inexpugnable la viudita? Aquí está su contestación!

—A ver... a ver...

Rompió el sobre y encontró en él dos pliegos.

—¿Qué es eso?

—Muy sencillo—le dijo un amigo—. ¡El pliego tuyo y el de sus calabazas! Es su costumbre, forastero.

En efecto, se trataba de la devolución de la carta de declaración y de unas líneas negativas de Pepita.

—¡Qué mala estrella la mía!—lamentó el enamorado.

El conde de Genabazar, que se hallaba entre el grupo de amigos, intervino:

—Doña Pepita es una mujer sin corazón, yo la conozco desde que era soltera porque fuí muy amigo suyo en otros tiempos...

El conde tenía la vanidad de ser un conquistador de mujeres, pero en cuanto a Pepita había perdido miserablemente el tiempo. Además, debía bastante dinero a la viuda, prestado en otro tiempo por don Gumersindo, y pagaba el favor burlándose de aquel sangriento modo, siempre que podía.

No eran solamente los muchachos quienes asediaban a Pepita, sino los hombres maduros como don Pedro de Vargas, que también le hacía la corte, aunque con resultado parecido.

Don Pedro había ido a visitar a Pepita y le hablaba con la gravedad del hombre que ha tomado una resolución.

—Crea usted, Pepita, que sólo una mujer de sus condiciones sería capaz de atraerme al buen camino, pues no en balde pasan los años. Si usted quisiera, Pepita.

Ella le interrumpió con una alegre carcajada.

—Son inútiles sus preterensiones, don Pedro; ya me casé una vez y no pienso cambiar nuevamente de estado.

Don Pedro desvió entonces la conversación, y luego se despidió de la viuda, no perdida aún la esperanza de lograr aprisionar aquel corazoncito adorable.

Días más tarde, cuando el vicario del pueblo supo que don Luis, el seminarista, venía

a descansar tiempo, no tardó en comunicarlo a sus amistades.

Muchas tardes el buen sacerdote iba a casa



—Son inútiles sus preterensiones, don Pedro...

de Pepita con la confianza que le daba su vejez y su cargo de pastor de almas.

Mientras comía el chocolate, comunicó a la viuda:

—¿No sales, hija mía, que Luisito, al que yo bauticé, aquel que estudiando en el Seminario va para santo, llega mañana?

Pepita sonrió.

—Dígame, padre, ¿es cierto que fue por vocación el seguir tal carrera el hijo de don Pedro?

Le parecía imposible que de un hombre calaverilla y alegre como el tudaño hubiera surgido un místico.

—Cierto, hija mía, por vocación, por propia vocación.

—¿Qué cosas tiene la vida! El padre, cuya historia la conocemos todos, y el chiquillo metido a cura!

—Dios es siempre justo, Pepita.

No solían ocurrir grandes cosas en el pueblo, lo cual explicaba que el paso de don Luis, a la otra mañana, causara expectación y extrañeza entre sus sencillos habitantes.

El seminarista, montado en una mula y seguido de un criado, fué atravesando las calles de la soleada población. Algunas mujeres le veían pasar y comentaban.

Antoña, junto a la fuente pública, vió a don Luis, y dijo a un grupo de comadres:

—¡Mira qué gusto tan raro! ¡Con el dinero que tiene su padre, y estudiar para cura!

Y cuando llegó a casa de Pepita se apresuró a decir a ésta:

—¡Ay, Pepita de mi alma! ¿A qué no sabes a quién acabo de ver?

—A don Luis de Vargas—respondió riendo la viuda.

—¡Caramba! ¿Cómo lo has adivinado?

—Me lo avisó ayer el vicario, que en eso de dar noticias deja pequeña a doña Casilda, nuestra vecina.

Antoña refunfuñó. ¡Ella que pensaba ser la primera en saber las cosas...

—Vaya, no te enfades!—le advirtió Pepita con cariño—. Dime tú algo que no me dijo ayer el señor vicario. ¿Qué te ha parecido el seminarista?

—¿Qué no lo hay más buen mozo!... ¡Es guapo y arrogante! Qué lástima para cura!

—No digas eso, por Dios...

Y se puso a reír y a cantar con una alegría de rájaro.

Luis había llegado a casa de su padre. Después de tan larga separación, los dos hombres tenían deseos de contarse sus vidas, sus anhelos, sus esperanzas.

El seminarista cifraba todas sus ilusiones en la carrera sacerdotal: no la había más noble y mejor. Y alzaba los ojos inflamados por el misticismo de la virtud.

Don Pedro le hizo una confidencia. Al fin y al cabo, Luis era su hijo y el primero que debía saberlo.

—Hijo mío, yo, que he sido un calavera, al verme ya viejo, siento la necesidad de formalizar mi vida y he pensado casarme con Pepita Jiménez, una viudita muy linda y muy honesta.

Luis miró a su padre. Siempre había rogado a Dios que cesase su mala vida.

—Padre mío—le respondió—, poco entiendo de las cosas del mundo, pero si usted cree



—Pronto cantará usted misa, ¿no?

que esa mujer puede hacerle feliz, nada tengo que oponer a su deseo.

—Mira, nido en deseo de que la conozcas. Así es que podemos ir a visitarla, si te parece bien. Viéndola podrás juzgar si es o no digna de ser mi compañera.

Se encaminaron los dos a casa de Pepita, y ella les recibió cordialmente.

Aunque había rechazado a don Pedro por marido, seguía conservando la amistad con él.



...vivía exclusivamente para comer.

Además le interesaba el mocito, que con ademán de timidez, aprendido en el Seminario, estrechóla suavemente su mano.

—Pronto cantará usted misa, ¿no? — le preguntó Pepita.

—Así lo espero, señora...—respondió Luis, bajando los ojos.

Enterarse doña Casilda, parienta de los Vargas, de qué don Luis y don Pedro estaban en casa de doña Pepita Jiménez y presentarse allí, fué sólo cosa de minutos. Llegó con Curriú, su hijo, un muchacho que vivía exclusivamente para comer.

También el vicario había acudido a la casa, y la velada se prolongó hasta el anochecer de la manera más alegre y cordial.

Luis parecía haber perdido la timidez de los primeros momentos, hablaba con tranquilidad, con la cultura que le daban sus numerosas lecturas. Era un chico de gran talento.

Cuando abandonaron la casa, Pepita se confesó que le parecía más atractivo el hijo que el padre. Descaba hablar de nuevo con él.

Los Vargas regresaron a su hogar. Don Pedro no cesaba en sus elogios de Pepita. ¡Qué mujer! Era un tesoro de virtudes, la felicidad de cualquier hogar.

Por la noche se encerró el seminarista en su habitación y escribió una larga carta al deán dándole cuenta de sus impresiones del pueblo.

Sin saber el motivo parecía sentirse inquieto, nervioso...

Uros días después, a solas en casa de don Luis, no dejaba el vicario de alabar a Pepita.

—No te puedes figurar lo caritativa que es,

y los buenos sentimientos que tiene esa mujer, hijo mío...

—Sí, en efecto, señor vicario. Yo creo que mi padre ha de encontrar en Pepita la mujer que le haga feliz...

Pepita no está bien decidida a casarse de nuevo, pero creo que finalmente...

—Lo celebraría... Mi padre necesita una vida de hogar. Y siendo Pepita mujer de tan buenas condiciones...

Al vicario le faltó el tiempo para ir aquel día a comunicar a Pepita la grata nueva de que el seminarista no encontraba desacertado el matrimonio; y con gran cariño y agradecimiento a don Luis, no fué parco en el elogio de éste.

—Hija mía—le dijo a Pepita—vengo contentísimo: a don Luis, ese santo varón, le parece muy bien su matrimonio con su padre.

Pepita hizo un mohín de disgusto. ¡Siempre el mismo! Ella no quería casarse, jamás se uniría con un anciano, convirtiéndose en su enfermera.

—Dejemos eso, padre, y hablemos de don Luis, si le parece. ¿Le gusta el pueblo, lo pasa bien, piensa estar mucho tiempo?

Sin saber por qué, le interesaban pormenores respecto de la vida de aquel joven que voluntariamente se entregaba a una existencia de sacrificio.

—¡Ya lo creo!—respondió alegremente el vicario—. Es un santo... un santo. El otro día, sin ir más lejos, al salir de misa vió a unos niños que se entretenían martirizando un pajarillo. Se acercó al grupo de chicleos, les compró el pájaro a cambio de unas monedas de plata y lo puso en libertad hacia los cielos... ¡Qué bueno es! ¡Un verdadero santo!

—Lo creo—dijo Pepita—; todo él respira simpatía y nobleza...

Y cuando el vicario marchó, Pepita siguió recordando los clogios hechos del seminarista... Le parecía que entre los dos hombres que ella conocía, el más interesante era Luis de Vargas... Pero también el más lejano...

...

Pasaron varios días. La amistad entre Pepita y los Vargas obligaba a Luis, el seminarista, a frecuentar el trato con la viuda.

Al ver a Pepita, Luis se sentía lleno de turbación. Y a pesar de ello, ignoraba por qué motivo le atraía la conversación de la viuda, deseando hablar con ella y estar a su lado.

Y Pepita, como si notara esa extraña inquietud del joven, parecía complacerse en dirigirle la palabra, en estar junto a él, en mi-

rarle... como a Luis nunca le había mirado una mujer.

La carrera de Luis era firme, su vocación, definitiva, su misticismo, acendrado... Pero notaba que las últimas semanas, aún contra su misma voluntad, su devoción parecía decrecer, amortiguarse... vacilar... ¿Qué era aquello? Mediante la oración recobraba ánimo, sintiendo de nuevo la suave influencia de la piedad.

Diariamente escribía a su tío el deán pintándole los estados de su alma. Era cada carta una confesión mezclada de extrañas contradicciones.

Un día, paseando don Pedro y don Luis por el parque, vieron a Pepita. La viuda les dijo alegremente:

—¡Qué casualidad! Pensaba invitarles a una merienda en mi huerta, don Luis; como el pasear por el campo creo que le agrada a usted tanto, espero que no desairará mi invitación.

—¡Dre, señora...

Luego sintió haber aceptado. Siempre que hablaba con doña Pepita sentía un desasosiego, una extraña inquietud en el corazón... Pero una atracción irresistible que él tomaba únicamente como cortesía hacia una dama, le obligaba a buscar el trato de Pepita.

Al día siguiente fueron a la huerta de Pepita. No podían faltar el insustituible vicario

ni doña Casilda y su hijo, un muchachote entregado a la gula.

La huerta estaba magnífica, cargada de frutos, encendidos por el fuego de la primavera andaluza.

Las rosas, los claveles y geranios ponían besos de color entre las flores.

Pepita, ávida y juvenil, vestida todavía de negro por el luto de su marido, dirigiéndose a los Vargas, les rogó:

—¿Quieren ustedes ser tan amables que me ayuden a cortar unas flores?

No faltaba más...—contestó don Pedro, devorando con los ojos a la linda joven, a la que amaba con todo su corazón sin sentirse correspondido por ella.

El seminarista, callado, comenzó su tarea hasta ofrecer un ramo a Pepita.

Doña Casilda, su hijo y el vicario se habían sentado ante una mesita en el huerto.

El muchacho comenzó a tomar, ataroso, una deliciosa compota.

—Le digo a usted, señor vicario, que es una vergüenza este hijo mío; no se le puede llevar a ningún lado. ¿No ve usted qué manera de devorar? No dejará dulces para los demás... Voy a llamar a don Pedro para que le riña.

Dió un grito y don Pedro de Vargas, al oír la voz de su prima Casilda, dijo a Pepita:

—Me llaman, Luis seguirá ayudándola en la tarea...

Don Pedro fué al encuentro de Casilda y ésta le dijo, señalando al muchacho que continuaba entregado a los placeres del buen comer:

—¿A ver si tú metes en cintura a este niño, pues no parece sino que esté hambriento.

Don Pedro le quitó la compota a pesar de las enérgicas protestas del chichuelo.

Y en el huerto, ya solos los dos, Pepita y Luis cortaban flores.

El seminarista percibía mezclados el olor del campo en primavera y el exquisito perfume de las ropas de la viuda.

Con los ojos bajos seguía la tarea de formar unos ramos, y aspiraba aquella fragancia voluptuosa.

De pronto, Pepita dió un grito. En uno de sus dedos aparecía una gotita roja.

—¿Qué tiene usted? ¿Se ha hecho daño?—preguntó alarmado el seminarista.

—¡Oh, por Dios, no ha sido nada!—respondió Pepita, riendo—. ¡Un pinchazo sin importancia!

Luis con un pañuelo enjugó el hilillo de sangre y se estremeció al sentir entre sus manos el contacto de aquella piel fina como la seda.

Sobreponiéndose a su turbación, explicó:

En el Seminario leí una vez un libro que afirmaba que hay que huir de la belleza porque entibia los sentidos y suele, como las flo-



—En el Seminario leí una vez un libro...

res, panzarnos dolorosamente con sus espinas...

Y miraba el dedo níveo donde ya la sangre

se había truncado. Con sus palabras parecía resurgir en él el hombre de filosofía que desprecia las cosas deleznable del mundo.

Pero Pepita tenía también su cultura, su moral.

—Es verdad—le respondió, pero si el peligro no está en la flor y si en las espinas, ¿por qué acusar a la belleza de culpas ajenas?

Y le miraba con sus grandes ojos negros, reidores, y sus labios se abrían alegres, con una promesa de vida.

Parecía querer expresar: Yo no tengo la culpa si soy hermosa, si mi hermosura puede hacerte daño...

Sin darle tiempo a contestar, corrió a la mesa donde estaba ya preparada la merienda.

Luis tomó también asiento.

—Para corresponder a la amabilidad de Pepita, yo les invito a mi vez, a todos ustedes, a otra merienda en mi huerta del Pozo de la Solana — dijo don Pedro.

—Gracias, amigo mío... Creo que su huerta es una maravilla. Pero don Luis nos acompañará, ¿no?—dijo Pepita.

El seminarista pretendió excusarse.

—Está muy lejos... Comprendan...

—Me enfadaré si usted no va...—le dijo Pepita, envolviéndole en una de esas caricias de mujer que tienen la fuerza de una ley.

— ¡Ah, entonces, sí!... no faltaré... no faltaré...

— Luis, usted ha venido a hacer compañía



— *Creo que su huerta es una maravilla...*

a su padre, no a pasarse el día rezando como en el Seminario.

— Además, que ya le sobrará después tiempo... cuando cante misa... Debe usted aprovechar sus días últimos de libertad, de vida...

Y su mirada seguía acariciándole suave, felpa, dominadora, como si quisiera fascinarle con la eterna luz de la pasión.

Aquella noche, cuando don Luis se acostaba, escribió a su tío el deán una larga carta en la que le exponía todos los tormentos de su conciencia. Hablaba de Pepita, de la extraña y misteriosa mujer que causaba a su alma una desazón, una continua inquietud...

Han desaparecido de mi corazón aquellos divinos momentos de felicidad que tenía en el Seminario. Ahora, a pesar de mi firme propósito de consagrarme a Dios, me veo invadido de pensamientos profanos... Tal es el estado de sensibilidad en que los continuos sucesos me tienen, querido tío, que a veces, el recuerdo de algún enamorado junto a la reja de su novia o el rasgueo de una guitarra en las altas horas de la noche, me enternecen... En fin, ya creo que no me conviene seguir aquí y debo volver pronto con usted...

Días después el deán le contestaba:

Tu conducta vehemente es digna de vituperio, sobrina de mi alma. No te liques mucho en amistad con Pepita Jiménez. No te creas invencible, ni desafíes los peligros. En ellas perece quien las ama. Aunque es cobardía no saber arrostrar el peligro y huir de él cuando se presenta, es temerario buscarle...

Muchas veces leyó Luis aquellos consejos del deán. Y en la misma carta, sobre las mismas letras, veía bailar a Pepita Jiménez, con su alegría, su simpatía irresistible, con su per-

tume de juventud... ¿Qué hacer, qué hacer? ¿Cómo librarse de la influencia moral que ella ejercía en su vida?

para llevarle a los sitios que él frecuentaba.

Currito a veces solía buscar a don Luis.

Una tarde estuvieron en una riña de gallos. El brutal espectáculo divertía a la concurrencia, pero Luis sentíase asqueado, abatido. Siempre, como persiguiéndole, le amenazaba la sombra de Pepita Jiménez, burlona, atractiva, carnal...

—¿Que no te gusta eso, Luis?—le preguntó Curro, que gozaba con el combate de las pobres aves, armadas de espolones de acero.

—Vámonos, Currito. Esto es demasiado bárbaro para mis nervios.

Luego Luis se despidió de Curro y fue a pasear por el campo buscando en los extensos y puros horizontes aquella paz que le faltaba a su alma.

Atardecía; iba poniéndose el sol... Y el seminarista que había vivido diez años en su tranquilidad claustral, soñando únicamente en los deliquios espirituales, pensaba ahora que al siguiente día la luz solar seguiría iluminando la inquietud del futuro sacerdote, trayéndole en su recuerdo la sombra picante, voluptuosa de Pepita...

El día prefijado, don Pedro y sus amigos fueron camino de la huerta de la Solana en

el único medio de locomoción: en caballerías.

El vicario iba montado en una mula, lo mismo que doña Casilda. También don Luis, poco diestro en equitación, hubo de ir en mansa mula de paso seguro y aguantar paciente-mente las lúrlas de Currito.

El seminarista aparecía pensativo con aquella lucha interior que por un lado le hacía huir de Pepita y por el otro le obligaba a acercarse a ella.

Viéndole tan triste, Pepita Jiménez le dijo con voz suave, tan dulce como el roce de sus manos:

—Siento que tal vez por mí pase usted un mal rato en estas soledades, alejado de sus estudios y de sus devociones.

—De ninguna manera. Con mucho gusto vivo esos momentos para mí felices.

Pepita le miró con una simpatía interesante.

—Entonces ha de permitirme que maliciosa achaque a otra causa su disgusto...

Montada en brioso caballo iba Pepita al lado de Luis, que se sentía avergonzado al verse en su causina mula.

—No entiendo lo que usted quiere decir, doña Pepita...

—Muy sencillo. Su pena ha de atribuirse a otra causa muy propia de la juventud... El que usted piense en ser sacerdote, no le exime de tener veintidós años...

Y le miraba alegremente como pretendiendo adivinar si había dicho verdad...

El seminarista bajó los ojos... ¡Ay... hasta doña Pepita comprendía las luchas de su corazón! En vano él pretendía ocultar el poderoso batallar de su alma... Y enrojeció como la grana, lamentando haber ido a la huerta.

Pepita, divertida por la turbación del joven, le dijo:

—Usted no me perdonará nunca el haberle expuesto a hacer un papel ridículo, viniendo en mula como el vicario o doña Casilda, soportando además las bromas de Currilo...

Don Luis sintió el impulso de responder: "Por usted, Pepita, me resigno a todo, pero en lo sucesivo montaré a caballo con la agilidad del mejor jinete".

Pero se contentó con responder humildemente:

—Celebro esta ocasión que me permite ejercitar mi paciencia y mortificar mi amor propio del modo más cruel.

—Sin embargo, yo lo siento en el alma.

—Siendo así, yo le prometo que en la primera excursión que hagamos, he de ir en el caballo más fogoso de mi padre—respondió Luis.

Llegaron a la huerta y allí, sobre el fino césped, junto al río, comieron todos.

Currilo, siempre burlón, arribó con sus puyas al seminarista.

—¿Qué hay "teólogo"? ¿Has dejado ya de repartir bendiciones desde lo alto de la mula?

Don Luis quiso protestar, decir algo, pero Pepita intervino:

—No le haga usted caso, don Luis...

Y el seminarista calló, sintiendo por primera vez que un sentimiento nuevo, misterioso, el eterno sentimiento que había agitado la vida de casi todos los humanos, comenzaba a germinar, delinearse en su corazón: el amor...

Aquella noche al regresar a casa, Luis propuso a su padre:

¡Padre mío! He comprendido hoy cuán precisa me ha de ser la equitación si, como ansío, voy de misionero a los países remotos, y, por lo tanto, quiero aprender a montar a caballo.

El motivo era verdadero, pero otras más remotas causas le dictaban aquella rápida determinación. Quería presentarse a Pepita convertido en un verdadero jinete.

Desde el día siguiente, cada mañana, don Luis daba un rato de lección en el corralón, convertido en picadero.

Su profesor era su mismo padre.

—Ya no es sólo mi hermano el deán tu maestro, sino que yo también te enseño algo,

y si sigues así, en dos o tres semanas hago de ti el mejor caballista de Andalucía.

Con una ansia rápida de aprender, el seminarista montó en pocos días a la perfección. Nada quedaba de él del cobarde chicleño que apenas se sostenía a lomos de la mula.

Doña Pepita continuaba dando reuniones en su patio. La vinda jugaba al ajedrez, ya con el vicario o con don Pedro. Don Luis, sentado junto a ella, percibía la exquisita esencia en que iba bañada y a veces el roce felino de su piel.

Para el seminarista aquellas reuniones eran un martirio, una prueba dulce... Y un día, sin poder reprimir ya sus impulsos, le pisó lentamente el pie por dos o tres veces apretando un rodillo contra la pierna de Pepita.

La muchacha se turbó... ¿Qué significaba aquello? Vaciló un momento, distraída... Estaba jugando una partida de ajedrez con el vicario y quedó con una de las fichas en la mano.

—¿Qué haces, Pepita? ¿Te distraes?

—No, por Dios... sigamos la partida...

Pero aquel día la perdió irremisiblemente... Estaba demasiado turbada, porque a ella le gustaba infinitamente Luis de Vargas, el seminarista, con toda la embriaguez de una vida que aun no había visto satisfecho su corazón.

Para Pepita, Luis era el primer amor, el

único, el verdadero, el que rima la juventud, el que me para siempre... Y aquella insinuación de él parecía indicar que también Luis sentía el mismo cariño.



Estaba jugando una partida de ajedrez con el vicario...

Al despedirse sonrió a Luis con una sonrisa dulce, prometedora, de felicidad... Estrechó la mano del mozo con vigor casi significativo.

Aquella noche Pepita no pudo descansar...

Amaba al seminarista... le había amado desde el primer día que le vió, que habló con él; pero, ¿no comecía un grave delito al privar a la Iglesia de un sacerdote? No era diabólica acaso su actitud al mostrarse tan feliña, tan amable con Luis? Mas ¿cómo acallar los sentimientos que surgían del pecho a flor de labio?

Luis, avergonzado ahora por su conducta, por su insinuación durante la velada, escribió al cielo. Estaba contristado, sintiendo que iba a ser vencido en su lucha con la mujer.

La imagen de Pepita está siempre en mi pensamiento y me contrista al pensar que yo pueda amarla. Sería horrible que yo llegara a ser rival de mi padre. Gracias a Dios y a usted por la carta y consejos que me envía. Hoy los necesito más que nunca. El licor de los deleites mundanos, por inocentes que sean, suele ser dulce al paladar y luego se troca en miel.

A pesar de aquellas protestas, de aquel deseo de apartarse de Pepita y volver al Seminario, Luis continuó sus prácticas de equitación, y un día, acompañado de su padre que se mostraba orgulloso de su discípulo, subió a dar un paseo a caballo.

Pasaron ante la casa de la viuda y Luis se acordó decidido a la reja donde Pepita se había asomado a verle.

—Le dije que aprendería a montar a caballo... y ya ve usted...

—¡Sí... sí... tiene usted voluntad, un deseo



—Le dije que aprendería a montar a caballo.

firme de hacer las cosas!—le respondió ella.

Don Pedro llamó a Luis y el muchacho, después de dirigir una mirada cariñosa a la mujer que era su martirio, su incertidumbre,

emprendió veloz carrera, desapareciendo en la calle su figura estérica, elegante de jinete andaluz.

Durante varias noches los Vargas no fueron a la tertulia de Pepita por estar don Pedro atareado con la administración de sus fincas. Don Luis alegróse de aquellas circunstancias que le permitía quizás recobrar su equilibrio espiritual.

Pero un día, don Pedro advirtió a su hijo:

—Hace muchos días que no vamos a la tertulia de doña Pepita y debes ir esta noche. Yo no puedo hacerlo por estas endiabladas cuentas.

Una luz de esperanza pareció iluminar a Luis. ¡La vería!... Y ante eso, los escrúpulos se alejaban para dejar paso al amor.

Fue por la noche. Estaban el vicario, Casilda y Curru.

Pepita tuvo para el mozo todas las miradas, todas las seducciones de sus ojos... Las palabras callaban, pero parecían devorarse con los ojos, con la sonrisa de los labios, con las manos al estrecharse en una caricia lenta, calculada...

Luis salió aquella noche de casa de Pepita con el propósito de no volver a ella. Había visto claramente que su vocación se iba abajo si no ponía una valla entre Pepita y él. ¿Cómo resistir por más tiempo las seducciones de la viudita?

Y volvió a escribir a su tío el deán.

A pesar de todos sus consejos y mis esfuerzos por resistir, no me he podido negar a volver a su casa. Pero siento que al lado de Pepita perderé mi vocación. Ella me conmueve con sus miradas, con sus ojos que se clavan en mí, fascinadores. No me juzgo aún perdido del todo, pero me siento ya al borde del abismo. Sáque-me usted de aquí. Escriba a mi padre, dígamele todo si es menester... ¡Socórrame usted! ¡Sea mi amparo!...

Pocos días después recibía la contestación de su tío. El deán le aconsejaba de nuevo evitar el trato de la viuda y que leyera libros piadosos.

—Lo haré, lo haré... me encerraré en mi casa a rezar... — se juró.

Y con el propósito de no volver a casa de Pepita se postró ante una imagen de Cristo y rezó pidiendo de nuevo que brillase ante él con claros colores de amanecer la luz de su vocación religiosa...

* * *

Una semana después, Antoñona, la criada de Pepita, visitaba a don Luis de Vargas. La mujer conocía la pasión que Pepita sentía por el joven y al ver tan entristecida a su ama, pretendió remediar su pena.

—Mire, niño, vengo a decirle que lo que está usted haciendo con mi señora, está rematadamente hecho. ¡Es usted un ingrato!

—Déjame, Antonia! respondió de mal humor el seminarista que en sus días de soledad había sentido aumentar su fe mística—. Cada uno sabe por qué hace las cosas y no es este el momento...

Se interrumpió al ver entrar a don Pedro.

Antonia dijo al señor de Vargas:

—¿Pero le parece a usted, don Pedro, cómo es este niño? Vengo a decirle de parte de mi señora, que por qué no va por casa y aun se enfada...

Una sonrisa de comprensión iluminó al viejo.

—Anda, hijo mío, ve y discúlpame, pues yo no puedo ir hoy...

—Si tú lo quieres, padre...

—Sí, sí...

Antonia regresó a casa de Pepita con la satisfacción en los labios.

—Me acabo de encontrar en la calle a don Luis—explicó—y me ha dicho que hoy vendrá a verte.

La tristeza que en los últimos días llenaba a Pepita desapareció como por ensalmo. ¡Cuán enamorada estaba! Antonia al ver la sonrisa alegre de su señora, murmuró para sí:

—¡La verdad es que nada satisface tanto a una persona como el hacer bien!

Por la noche, Pepita, radiante de alegría, esperaba al seminarista.

Y la casualidad que a veces parece la fatalidad misma, hizo que ella estuviese sola en su casa cuando llegó don Luis.

El joven contempló dulcemente a aquella cabecita morena en la que los ojos purían el resplandor de un sol meridional.

—Es usted un mal amigo—le dijo obligándole a sentarse junto a ella—; parece que la tierra se lo ha tragado o, lo que fuera peor, que huye de mí...

Luis venía dispuesto a romper definitivamente con Pepita, a confesarle toda la verdad, los tormentos que hacían vacilar su alma.

—No, nada de eso. Quizás haya motivado esto la idea de que en cierto género de batallas, la victoria está en la fuga; huir es vencer...

Y procuraba apartarse viendo que sobre él la cabeza de Pepita se inclinaba con ademán de piedad.

Guardaron los dos un momento de silencio y luego la mujer replicó:

—Sí... es lo mejor... es lo menos doloroso.

—Pepita... si yo fuera libre... si yo pudiera...

—Calle... calle...

Sus cabezas estaban casi juntas y de pronto, inconscientemente, Luis, depositó en los labios de la viuda un beso de amor.

Mordió en aquella fruta encarnada, suave como una flor... Pero se levantó rápidamente, avergonzado.

—Que loco... qué loco soy!... ¡El primero y el último!... ¡Adiós, Pepita!...

Ella no le respondió, sin fuerza para evitar aquel grito de protesta que la vocación religiosa del mozo hacía surgir con un lamento agonizante.

Don Luis abandonó precipitadamente la casa regresando al hogar. Estaba indignado contra sí mismo. Hubiera deseado luchar contra sus propias pasiones.

—¡Soy un vil gusano y no un hombre; soy el oprobio y la abyección de la humanidad, soy un hipócrita!—se decía.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, enloquecido de rabia contra sí mismo, pero pensando en lo sabrosos que eran aquellos labios, apetitosos y suaves...

Al día siguiente, don Pedro, aprovechando que Pepita Jiménez había dejado ya el luto por su esposo, fue a visitarla.

Señora, ya que veo su grácil figura sin las austeras vestiduras negras, vuelvo a hacer a usted el mismo ofrecimiento que en otra ocasión, y en el cual cifro todos mis afanes.

Ella le respondió decidida:

—Tarde viene, don Pedro. Ya fui enfermera una vez, y crea que no deseo volver a serlo...

Esto no quita para que sigamos siendo buenos amigos...

—Es doloroso que usted no me acepte... pero



...anséelo a hacer a usted el mismo ofrecimiento que en otra ocasión...

ya comprendo... ¡Soy demasiado viejo para usted!

—Resignese, don Pedro... La vida tiene un momento para casarse: la juventud...

El señor Vargas se despidió de la viuda, esta vez sin esperanzas de que pudiera verla

convertida en su esposa. Tal vez tuviese razón... la juventud llama a la juventud... Lo otro es siempre crueldad, dolor y sacrificio...

Pepita estaba dolorosamente preocupada. La escena de la noche anterior con Luis, el beso que éste le había dado, remordían su conciencia y sintió la necesidad de llamar al vicario a consulta.

Este, eterno hablador y curiosador, no se hizo esperar.

—Me alegro que me hayas llamado, pero ya iba a venir yo... ¿Qué pálida estás! ¿Qué te pasa? ¿Tienes algo importante que comunicarme?

Aparecía Pepita tan abatida que el sacerdote sospechó algo grave.

—Padre mío—respondió gravemente la viuda—. Yo no debí llamar a usted, sino ir a la iglesia a confesar mis pecados...

—¿Pecadillos tenemos?... Cuéntame.

Mi corazón se ha endurecido en la maldad y no me he atrevido a hablar al confesor, sino al amigo...

—Habla, Pepita... He de ser indulgente contigo...

—Estoy enamorada, padre...

El vicario se echó a reír...

—Conque enamorada ¿eh?... Si es así, cástate... ¿No eres libre? Seguro estoy de que ese

don Pedro con su fama de calavera, se agüño ya de tu corazón...

Le complacía aquella boda que él había visto trocinado siempre.

—Es el caso que no estoy enamorada de Pedro, sino de su hijo—dijo Pepita con firmeza.

El vicario abrió desmesuradamente los ojos y la boca al mismo tiempo. ¡Válganos el Señor! ¿Qué cosas se veían en el mundo! ¿Cómo se las ingeniaba el diablo para poner conflictos en las familias!

—Pero, Pepita, estoy sorprendido. Esto es un amor sin esperanza, un amor imposible. ¿Don Luis no te querrá!

—Yo no sé más que lo amo; le adoro—respondió ella, desesperada—. El me quiere también, lucha por sofocar su amor y tal vez lo consiga... pero usted... usted, padre, tiene mucha culpa de todo aun sin saberlo.

El sacerdote callaba y oraba mentalmente.

—Usted no ha hecho más que alabarme a don Luis, y a él le habrá hecho mayores elogios de mí. ¿Qué había de suceder? ¿Tengo yo más de veinte años? ¿Soy de bronce?

El vicario se levantó poniéndose las manos en la cabeza.

—Tienes razón que te sobra. Soy un mentecato; he contribuido horrorosamente a esta obra de Lucifer...

Y seguía rezando, reusándose ante Dios de aquellos amores que él, pobre ser sin malicia, había provocado.

Pepita intentó calmarle.

—¡Oh, no se disguste usted! Aunque usted no me lo hubiera ponderado, yo le amaría igual. El elogio que usted me había hecho de él, no había llegado ni con mucho, al que me hacía yo a cada hora, a cada instante.

El viejo pareció calmarse y luego, como recordando, dijo:

—Don Luis parte pesado mañana. Seguramente está arrepentido de su pecado... Arrepíentele tú también. Dios os perdonará...

—¿Luis se va? ¿Cómo lo sabe usted?

—Acaban de decírmelo... También me extrañó su marcha precipitada... pero ahora después de lo que me has contado... Sí, sí, que parta, que no vuelva más... si no quiere perder su alma...

Pepita se levantó, ya no suplicaba, ya no lloraba.

Al anuncio de que Luis, su gran amor, marchaba del pueblo, sintió que el cariño hacia él le ligaba en términos fatales.

—¡No se irá!—gritó—. ¡Nunca... nunca! El me hizo amarle y ha de pagar con su amor el mío... ¡Le quiero... le adoro... no se irá!

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—gritó el vicario.

V horrorizado salió de allí como si acabase de ver a una condenada. ¿Qué fuerza tan terrible tenía el amor que así torcía el destino de las almas?

Antoñona salió a ver a Pepita. Estaba perfectamente enterada de lo sucedido la noche anterior; era la confidente y amiga íntima de Pepita.

—¿Qué te ha dicho el vicario?

—Nada... que deje partir en paz a don Luis, que olvide...

—¿Y tú lo harás? ¿Perderás el amor de tu vida?

—¡Oh, calla, déjame sola!... ¡Creo que voy a enloquecer!

La criada desapareció... Y poco después salió a escondidas hacia la calle.

En su casa, don Luis de Vargas había tomado la firme resolución de regresar cuanto antes al Seminario. Era preciso no demorar ya la estancia. El peligro le acechaba, la mujer, serpiente de aliento fatal, iban entrecándose a su cuerpo.

Antoñona se presentó ante él con su aspecto brusco y decidido.

—¿A qué vienes aquí?—rugió el seminarista.

—Vengo a pedirle que vaya a ver a Pepita. Aquel ángel se va a morir. No come ni

duerme, ni sosiega por culpa suya. ¡Buena hacienda deja usted antes de hacerse clérigo!

El solo nombre de Pepita le estremeció.

No me atormentes—gritó Luis— La amo con todo mi corazón, pero hay que olvidar este amor... Quiero ser sacerdote... Yo no puedo remediar el mal. ¿Qué le debo hacer?

—Vaya a ver a mi niña que está enferma. No luya sin despedirse de ella...

—No puedo, Antonia...

—Si usted no va, se morirá de pena...

Quedó el seminarista pensativo, anonadado. Morir aquella criatura que parecía el símbolo de la vida! ¿Qué horror!

—¡Está bien!...—murmuró—. ¡Iré!

¡Oh, gracias... gracias!... A las diez en punto de esta noche yo le esperaré en la puerta del corral... ¡Adiós, don Luis, hasta pronto!...

Y corrió velozmente a su casa a comunicar a Pepita la grata nueva.

Luis, para aturdirse, salió a la calle. Estaba absolutamente decidido a abandonar el pueblo e ir al Seminario a vivir aquellos días tan pacíficos bajo las finas arcadas de su claustro gótico llenas de sol por las mañanas y bañadas por una luna suave en la noche...

Rechazó de su pensamiento la imagen de Pepita, la tentación de su vida.

Encontró a un amigo y fueron a dar una

vuelta por la terraza del Casino del pueblo.

En una de las mesas el conde de Genazahar jugaba a los naipes con varios amigos.

—Yo conozco a Pepita Jiménez desde antes de casarse, y ya entonces...—decía el de Genazahar.

Luis se sintió ofendido. En aquel Casino se insultaba a Pepita, a la mujer que él, a pesar de todo, adoraba.

Sujetando por la americana al conde le gritó con ademán provocador:

—Señor, no es de caballeros el insultar a una dama que no puede contestar la injuria.

El conde, sorprendido y estallando en una carcajada, contestó:

—¿Desde cuándo los seminaristas toman la defensa de las damas? ¿Qué lazos le unen a Pepita Jiménez para defenderla de esta manera?

Sus risas fueron cortadas por todos, y Luis se sintió rojo de vergüenza. Era verdad; ¿qué tenía que ver un aspirante a cura con Pepita Jiménez?

—Tenéis razón—respondió, lamentando su impulso—. Perdonadme...

Y salió, sintiendo detrás de él, como una música de ironía, los tonos escalonados de las burlas...

¡Vaya con el seminarista!... ¡Acababa de convertirse en caballero andante!...

Mucho antes de que dieran las diez, aquella noche, ya don Luis esperaba ante la puerta del curral.

Antoñona que vigilaba, le frapueó la entrada.

—Pase usted... La señora le espera...

Cruzaron algunas habitaciones y le condujo a un saloncito. Allí le aguardaba ya Pepita Jiménez, bella como nunca, exquisita y perfumada.

—Niña, aquí tienes a don Luis que viene a despedirse de tí!

Y Antoñona desapareció frotándose las manos...

El muchacho avanzó hacia Pepita. Estaba serio, quería mantenerse firme, sin caer en la seducción de aquella adorable criatura.

—He venido—dijo gravemente—porque mi despedida será quizás para siempre... es posible que no vuelva nunca.

—Siéntese, Luis—dijo cariñosa Pepita—, y hablemos un momento. No le extrañen mis palabras. Soy mujer y mi alma exige de usted una respuesta.

—Estoy a sus órdenes, señora.

Pues bien, ¿persiste usted en su propósi-

to? ¿Está usted seguro de su vocación? ¿No teme usted ser un mal clérigo?

Cada una de las preguntas era una puñalada para Luis. Bajó la cabeza, sintiéndose sin valor para confesar su propia debilidad. ¡Ay, la vocación, cuán débil se sostenía en su alma!

Pepita continuó con voz tranquila:

—Si toda su vocación ha cedido a la insinuación de una lugareña como yo, ¿cómo no cedería ante las coqueterías refinadas de las frívolas damas que en su carrera ha de encontrar?

—Pepita—exclamó el joven besándole la mano—, Quiero confesárselo todo... La amaba a usted antes de verla, la imagen que soñé en mis delirios juveniles era la de usted... ¡Amor que estaba escrito... que era una predestinación!

Los ojos de Pepita brillaron con un resplandor de triunfo.

—Si es como usted dice, ¿por qué no someterse, por qué vacilar? Sacrifíquelo todo como yo sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato al hablar así, porque le amo y sin usted no puedo ser feliz...

Se había levantado, Vibraba magnífica, seductora. El amor encendía sus ojos, sus labios, su piel...

Luis se levantó también. Temblaba al contemplar a Pepita Jiménez, soberbia en su imploración.

—No me martirice—aplicó el seminarista—. Sólo encuentro un medio de que este amor sea



—Pepita... quiero confesárselo todo.

posible sin impurezas. Amémonos en Dios. Sea este amor de las almas y no de los sentidos.

Ella sonrió:

—La sublimidad de ese amor que usted explica no se me alcanza y amo en usted no el lejano espíritu, sino usted mismo, tal como es y como le veo...

—¡No es posible... Pepita... por piedad!...

—¡Ah! usted me desprecia y hace bien; con este justo desprecio me matará mejor que con un puñal, sin manchar de sangre su mano ni su conciencia...

¡Oh, no diga eso, Pepita... Pepita...! La amo, la quiero... Pepita mía!

Los brazos de Pepita Jiménez rodearon entonces el cuello de Luis y sus labios rojos y palpitantes de vida se clavaron en los de él...

* * *

Sólo la luz lunar plateada y azul, con paso inalterable en su carrera, fué advirtiéndole que el tiempo pasaba...

Fran ya las dos...

Pepita Jiménez, mirando sossegadamente a Luis, le decía:

—Ahora, aunque tarde, conozco la iniquidad de mi conducta... En ti, el pecado es leve, en mí, grave y vergonzoso... Ahora te merecen menos que nunca...

Luis inclinó la cabeza. Sentíase saturado de la esencia sensual de su piel. Pepita continuó:

—¡Vete! ¡Soy yo quien te pide que te vayas! ¡Vete, haz penitencia, Dios te perdonará! No hay lazo alguno que conmigo te ligue, y si le hay, yo lo desato. ¡Eres libre!

Estrechándole sus manos, Luis protestó.

—¡Ánima mía! ¡El pecador soy yo; no tú! No supe resistir tus encantos, como ahora no acierto a ser caballero ni galán que sabe agradecer el favor de su dama. Al ser realmente virtuoso, hubiera resistido y no hubiéramos pecado ni tú ni yo. La virtud no cae fácilmente porque no está en el dicho, sino en los hechos. Reconozco mi indignidad.

—No te juzgues con tal dureza, Luis. ¿Tú me quieres de veras?

—Si te quiero!... Te adoro... soy todo tuyo, me casaré contigo.

—Pero si me eliges por compañera has de ser por amor, no para reparar una falta. No porque hayas caído en un lazo que puedas pensar que te haya tendido.

Antoñona entró en el saloacito.

Vaya una plática larga—dijo riendo—. Ese sermón del colegial no ha sido el de las siete palabras, parece más bien el de las cuarenta horas. Son ya las dos de la mañana, y es hora de separaros.

—¿Es verdad, Antoñona!... El tiempo vuela...

Luis estaba decidido a abandonar su carrera eclesiástica. Pero ¿cómo confesar a su padre la terrible verdad?

—¡Adiós, dueño amado!—le dijo Pepita—. Si tú no te atreves, yo se lo diré todo a tu padre. El es bueno y nos perdonará.

Sonriente el joven abandonó aquella casa donde acababa de decidirse su destino.

La criada le acompañó hasta la puerta. Luis, antes de marcharse, le dijo:

—Antoñona, tú que lo sabes todo, dime quién es el conde de Genazahar y qué clase de relaciones ha tenido con tu ama.

La vieja se echó a reír.

—Temprano se siente usted celoso. Ese conde que debe dinero a Pepita, creyó que casarse con ella era cosa fácil y como no lo consiguió, de ahí viene su furia contra la señora.

—Está bien! Ya sé bastante. ¡Adiós, Antoñona!

Don Luis anduvo desorientado unos momentos. Su animosidad contra el conde, que insultó a Pepita y se había burlado de él en el Casino, hizo que pensara en tomar el desquite.

Se dirigió directamente al Círculo donde acostumbraba estar el aristócrata.

Era muy tarde, tal vez no lo hallase. Pero siempre que quedaba alguien en el Casino, allí estaba jugando el conde Genazahar, y a pesar de la hora avanzada de la madrugada le encontró ante la mesa de juego.

—¡Caramba, ¿usted aquí, señor seminarista?—preguntó extrañado el conde—. ¿Es que viene usted a echarme otro sermón?

—Nada de sermones—respondió severamente el joven—. El mal efecto que surtió el último,

me ha convencido y he ahorrado los hábitos... y tanto he cambiado, que vengo dispuesto a desbancarle a usted.

—¡Diablo! No le conocía a usted como jugador, probemos.

Algunos amigos le hicieron sitio y Luis entró en la partida.

La suerte le favoreció.

—Dios protege la inocencia, señor don Luis— dijo el conde riendo—. Si sigue usted así me despluma.

Volviéron a jugar y ganó de nuevo el seminarista.

—Ven que esto es muy lento, señor conde. ¿Cómo explicaré que juego en un golpe cuanto hay en la banca, contra otro tanto?— dijo Luis.

—Eso se explica diciendo: Copo...

Todos extrañaban la conducta de Luis... Tenía maneras de hombre de mundo, arrogancia de jugador empedernido. ¿Qué cambio era aquel?

—¡Pues copo!

La suerte favoreció de nuevo a Luis.

—Me ha desplumado usted. Recoja el dinero—dijo desagradablemente sorprendido el conde—. Pero es preciso que me dé usted el desquite.

—Si usted pone tanto dinero como tengo yo, no hay inconveniente.

—Aquí no tengo dinero, pero entre caballeros creo que basta mi palabra.

Un murmullo de aprobación, respondió a su



—¡Mentir yo? ¡Digo la verdad, toda la verdad!

frase. Pero Luis de Vergas, mirando fijamente a su adversario, le dijo:

—Bastaría, si no supiera yo que a las personas a quienes debe dinero, como a Pepita Jiménez, además de no pagarlas, las insulta.

Una gran lividez se retrató en el semblante

del conde. Y con su guante cruzó el rostro del seminarista al propio tiempo que exclamaba:

— ¡Mientes!

— ¿Mentir yo? ¡Digo la verdad, toda la verdad!

Los dos hombres iban a caer uno sobre otro, cuando apareció un militar, asiduo concurrente al Casino.

— ¡Alto ahí, caballeros! — dijo —. Para estas cuestiones hay otros terrenos y otras armas mejores que un casino y las manos.

— Por mí, aceptado — dijo el conde.

— Y por mí también — respondió Luis.

En el acto se nombraron los padrinos para el duelo, y provistos de dos espadas que llevaba el militar, se dirigieron al campo.

La noche era espléndida, azul...

El conde Genazabar pensó que el seminarista se había vuelto loco. ¡El hijo de don Pedro de Vargas, tranquilo y formal, convertido en protector de mujeres! ¡Magnífico a fe! Pero él le daría su merecido.

Luis rugía de indignación. Considerándose dueño de Pepita, quería vengarse contra aquel hombre que había injuriado a la amada.

Comenzó el duelo. Los dos adversarios se lanzaron uno contra otro y durante unos minutos sólo se escuchó el choque de las espadas.

Hubo una interrupción al ser ligeramente herido en un brazo Luis de Vargas.

— No es mala — hijo desceñoso —. Un rasguño sin importancia. Prosigamos...

Continuó la lucha, feroz, violenta, hasta que



— ¿Qué es eso, hijo mío? ¿Tú herido?

Luis consiguió herir en la frente a su enemigo. Este cayó al suelo; estaba gravemente herido.

Sin reconciliarse, Luis de Vargas salió del campo con sus padrinos mientras el conde era socorrido por un médico. Buena herida, soberbia estocada!

Luis se resentía aún del brazo y cuando al

amanecer llegó a casa de su padre, éste salió al encuentro, sorprendido.

¿Qué es eso, hijo mío? ¿Tú herido?

El seminarista contestó con una sonrisa de orgullo: ¿Había cumplido con su deber?

Los padrinos de Luis explicaron al señor de Vargas el duelo.

—Peor ha sido la herida del conde. Su hijo estará bien de aquí a unos días. El otro, Dios lo sabe...

¿Qué escándalo aquel! El señor de Vargas estaba horrorizado. Cuando se enterase el pueblo! Pero ahora lo esencial era que Luis no estuviera grave. El médico acababa de asegurar que la herida carecía de importancia.

Unos días de reposo y estaría bien.

* * *

A la mañana siguiente y como la noticia del duelo corriera por el pueblo como la pólvora, Pepita Jiménez acudió a casa del señor de Vargas.

—¡Oh, don Pedro! ¿cómo está el herido?—preguntó angustiada.

—Por fortuna, la herida de su brazo no tiene importancia. Algo más grave es la que vos habéis abierto con vuestra belleza—contestó severamente don Pedro.

La viuda se estremeció. ¡Don Pedro lo sabía todo!

—Perdón, don Pedro—murmuró—. Bien hubiera deseado ocultar mi pasión, pero...

—¡Oh, no os guardo rencor, doña Pepita! Para un padre no puede ser rival un hijo.

La Jiménez permaneció un instante pensativa y luego preguntó:

—Decidme, don Pedro, ¿no podría yo ver a Luis?

Una sonrisa triste iluminó al señor de Vargas.

—El doctor le ha prescrito sosiego y creo que su presencia aumentaría su excitación. No ha de tardar tanto en aliviarse que no pueda usted esperar unos días.

—Tiene usted razón; pero al menos ¿podré venir a interesarme por su salud?

—Sí, ¿por qué no? Así, al menos, y aunque no sea por mí, gozaré la dicha de veros, amiga mía, y de recordar que cuando se llega a cierta edad...

Calló, repentinamente entristecido. Parecía darse cuenta de la realidad dolorosa de la vejez.

—¿Me guardáis rencor?

—No, agradecimiento y mucho...

Salió Pepita de la casa, convencida de que don Pedro no era un obstáculo para aquellos amores.

Algunos días después el médico dió de alta a Luis.

El muchacho aparecía preocupado. Había llegado el momento de explicar a su padre la pasión que encendía sus venas y que le obligaba a abandonar el Seminario.

—Siéntese, padre mío—le dijo con cariñosa voz—, yo no debo seguir engañando a usted por más tiempo. Hoy voy a confesarle mis faltas y a desochar la hipocresía.

El padre contestó alegremente:

Muchacho, si es confesión, más valdrá que se la hagas al señor vicario; yo tengo la manga demasiado ancha y mi absolución no te valdría para nada.

—Padre, escúcheme usted. Mi secreto es que...

Parecía no atreverse a continuar. Pedro, interrumpiéndole bondadosamente, le dijo:

—Es que estás enamorado de Pepita Jiménez y que ella corresponde a tu amor. Eso lo saben ya hasta los gatos, como igualmente que heriste por ella al conde de Genazabar.

—Pero, ¿tu sabías eso, adivinabas mi secreto?...

No sabía Luis de su asombro. ¿Cómo había podido averiguar?

—Lo sabía todo hace tiempo—le aclaró—Tu tío, al que escribía, me tenía al corriente de ello. Mira...

Y le enseñó una carta del deán:

Mi querido hermano: Luicito me escribe hace días extrañas cartas donde descubro que está enamorado con amor terrenal y pecaminoso de cierta viudita.

Y yo me había engañado respecto a la vocación de Luicito y más vale saberlo antes de que el mal sea irremediable...

—Por mi parte—siguió diciendo Pedro—, contesté a tu tío diciéndole que puesto que no tenías vocación de santo, en eso salía ganando yo, pues así me llegaría a ver rodeado de muy lindos nietos...

Luis estaba conmovido.

—Padre... yo comprendo... cómo debió usted sufrir...

—Al pronto sufrió mi vanidad, pero reaccioné al ver que mi rival, como hijo mío, es mi reproducción a su edad y que el amor de Pepita se queda en la familia...

Unas lágrimas humedecieron el rostro del hijo. Y besó al viejo mientras le decía con ternura:

—Padre, ¿qué bueno es usted!...

* * *

Al mes justo se celebró la boda de don Luis de Vargas con Pepita Jiménez y don Pedro dió un baile para celebrarlo, al que acudieron las principales familias del pueblo y la comarca.

El conde de Genazahar se restableció al fin de la grave herida y en lo sucesivo nunca más tuvo el nombre de Pepita en los labios. Sabía lo que costaba.

Y Pepita y Luis hallaron en el matrimonio la felicidad de sus almas bendecidas por el gran tesoro: el amor y la juventud...

FIN

